

# UN NEGRO HABLA DE LA TRIBU QUE SURGE

**LOUIS E. LOMAX**

Periodista Norteamericano  
Autor de la Rebelión de los Negros

A pesar de la ausencia de una cultura clásica, el negro norteamericano integra un pueblo. Existe ahora un vínculo que nos liga a todos sin destruir por ello la variedad de nuestras vidas. No llamamos mutuamente "hermanos" y nos congregamos para comer alimentos "del alma" y escuchar música "del alma". Somos —desde el líder musulmán Malcolm X hasta Ralph J. Bunche, de las Naciones Unidas— "Miembros de una Logia". Pregúntesele a un negro por la música o el alimento del alma, por sus hermanos o los miembros de la logia, y lo más probable es que se eche a reír y se vaya. Pero mientras se ríe y se retira se topará con otro miembro de la logia y con él se pondrá a comer alimento del alma y escuchará música del alma. Y se llamarán "hermanos" entre sí.

Todos los negros norteamericanos "pagan lo debido". "Lo debido" es la tarifa que debe pagarse en Estados Unidos por ser negro. Si se es músico, "lo debido" es el precio que se paga al ver músicos blancos que se apropian de melodías y conceptos creados por uno, y que ganan millones, mientras el negro debe vagabundear por el país para obtener trabajo por una noche, si se es escritor, "lo debido" es el precio que se paga al quedar relegado a temas "negros", cuando el verdadero interés propio podría radicar en alguna otra cosa, si se es profesor universitario, "lo debido" es la necesidad de tener que ejercer casi siempre en universidades o *colleges* negros, que no ofrecen el estímulo académico que todo científico necesita, si se es profesor en una universidad "integrada", "lo debido" es lo que se paga cuando los estudiantes lo convierten a uno en un especialista sobre el negro y se le acercan con simpática condescendencia, si es sencillamente un hombre corriente —y eso es lo que la mayoría somos— "lo debido" es lo que se paga cuando los alquileres son altos, los departamentos inmundos, los intereses crediticios exorbitantes, y los policías blancos recorren la comunidad dispuestos a descalabrar cabezas en cualquier momento. En una palabra, "lo debido" es el desembolso cotidiano —psicológico y económico— que debe hacer el negro norteamericano por el solo color de su piel. Y un "miembro de la logia", según lo advertiría cualquiera que dejara de reírse de Amos y Andy el tiempo suficiente como para pensar, es el prójimo negro, el cual, por supuesto, paga también lo debido. La música y el alimento del alma son la unidad mística con ciertos ritmos y la cocina de que hemos gozado al forjarnos como pueblo vinculado por el común sufrimiento.

No todos los negros estarán de acuerdo con este análisis, y yo seré el primero en admitir que es algo profético, pero ningún negro pondrá en duda que nos volvemos cada vez más tribales y que la jerga que he

adoptado anteriormente posee una nota común. Nunca hemos constituido una tribu en mayor medida que ahora, y los cismas que nos dividen tienen sus raíces en los días en que nos encontrábamos por completo separados.

En primer lugar se encontraban los negros tradicionalmente libres en contraposición a los que habían sido esclavos, luego, los ex-esclavos del servicio doméstico en oposición a los ex-esclavos del campo, a su vez, los que habían sido siempre libres se dividían en aristócratas y plebeyos. Casi todos ellos sufrían por la exigüidad de sus conocimientos. Hubo una fusión de distintos tipos en dos grupos que, a su vez, produjeron lo que el doctor E. Franklin Frazier llama "las dos únicas tradiciones culturales válidas en la historia social del negro norteamericano: la tradición dócil del pequeño grupo de mulatos que asimilaron la moral y las costumbres de la aristocracia esclavista, y la cultura del pueblo negro que dio al mundo los *spirituals*".

Durante el período inmediatamente posterior a la Guerra Civil, la clase de los mulatos se mantuvo apartada de las masas negras. Los primeros se jactaban de su "sangre", hablaban de su ascendencia blanca con gran celo y orgullo, dedicaban la tarde del domingo a disfrutar de las letras y la música inglesa, o bien de las letras y la música francesas, en la zona de Nueva Orleans. Estos mulatos se hallaban empapados de la tradición sureña de "damas" y "caballeros" y se contaron entre los que con mayor energía se opusieron a conceder el sufragio a las masas negras.

Cuando la emancipación quebró el estilo de vida del Sur, estos mulatos se las compusieron para mantener su "cultura" y siguieron siendo "damas" y "caballeros", aun cuando se vieron forzados a abandonar su trabajo de artesanos y debieron entrar en el servicio doméstico. Se hicieron cargo del control de las organizaciones de liderazgo negro, tal como eran, y permanecieron en el poder hasta que la obra de los misioneros y los filántropos norteamericanos trajo como resultado un cambio en la vida de los negros.

Washington (D. C.) convirtióse en la "capital" de la élite negra: la Schomburg Collection de la ciudad de Nueva York incluye una reseña satírica de la "sociedad negra" en el distrito de Columbia a comienzos de siglo. La crítica fue escrita por John E. Bruce y contiene este risueño párrafo:

Hay otro elemento en este extraño y heterogéneo conglomerado que por falta de un nombre mejor, ha sido llamado sociedad y constituye esa especie de humanidad africana que no deja nunca de informar al no iniciado sobre lo poco que le faltó para nacer blanco. Tienen manos pequeñas, empeines aristocráticos y venas azules; tienen pelo castaño rojizo y facciones

finamente trazadas. En general, carecen de instrucción, aunque difícilmente se lo advertiría, salvo que abrieran la boca en presencia de quienes los superan intelectualmente, cosa de la que se cuidan muy bien. Se esmeran en su apariencia a tono con los requisitos de la etiqueta, pero no más de eso. Se oponen al trabajo manual, pues su conformación física no lo admitiría, prefieren trabajos ligeros como "manejar cartas o dados", o bien, si algún otro se hace responsable del daño, "apartar los espíritus alcohólicos de la mirada de los hombres groseros". En torno de las mesas festivas, no tienen quien los iguale en verbosidad y, especialmente, en seguir las huellas de sus árboles genealógicos. No falta quien remonte el suyo a la época de Guillermo el Taciturno y lo acompañe con 18 Fulanos de Tal para demostrar cuán ilustre es su linaje. La suegra de su bisabuelo era la marquesa Fulana de Tal, y su padre, el ex-presidente de la Corte Suprema, Chastity, de Carolina del Sur o de algún otro Estado sureño de antecedentes poligámicos.

No carece de significación el hecho de que estos mulatos de "tradición dócil" fueran episcopalianos, presbiterianos y congregacionistas, mientras que las masas negras eran miembros de las Iglesias "comunes", como la bautista y la metodista. Los servicios de las Iglesias mencionadas en primer término eran de un orden mucho más "elevado", lo que significa, en realidad, mucho menos excitante. Los negros de estas Iglesias "elevadas" se apartaban de las masas de su mismo color y no admitían la necesidad de huir de la realidad, ni aceptaban el mandato de cambiar esa realidad. En esto precisamente pensaba el reverendo Thoms Lomax, mi abuelo, antorcha de la Iglesia Bautista de fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando afirmaba ingeniosamente "Si ve usted un negro que no sea bautista o metodista, algún blanco estuvo prometiendo en su religión".

Las masas negras que crearon los *spirituals* y formaron la médula de la tribu negra se centraron en el Sur, su estilo folklórico inmediatamente discernible giraba en torno de la iglesia y de las sociedades fúnebres. Fue en la Iglesia donde las masas negras hallaron a la vez un sentido de la vida y un escape de la realidad. De hecho, esto es lo que significan los *spirituals* una quejumbrosa reafirmación de la dignidad del alma individual, junto con una enérgica denuncia de las formas de este mundo.

"Pronto dejaré los trabajos del mundo"

"Mécete suavemente, dulce carruaje, al venir a  
(llevarme a mi morada"

"Oh, Señor, quiero dos alas para cubrir mi rostro, dos  
(alas para echarme a volar"

"Vete furtivamente, vete furtivamente al encuentro  
(de Jesús"

"Desciende, Moisés, a tierras de Egipto, díle al viejo  
(Faraón que deje partir a mi pueblo"

Esta era una letanía de reafirmación y de huida. Aunque pocos de ellos lo advertían, si se escudriñaba la mente de estos negros, aparecía un faraón con un aspecto sospechosamente parecido al de un blanco

sureño. Las sociedades fúnebres, por otra parte, eran organizaciones que procuraban cierta ayuda económica en tiempos de enfermedad y mortandad. Dieron también a las masas negras otra oportunidad de reunirse, hacer sociedad y profesar el culto.

La Iglesia negra nació porque al sacerdote negro se le negó el derecho de officiar y predicar, en general, en las iglesias "blancas" (en realidad integradas, pero controladas por los blancos). Las Iglesias Bautista y Metodista negras son el resultado de una abierta discriminación. Basta con examinar la Iglesia Episcopal Metodista Africana, la Iglesia Episcopal Metodista Africana de Sión y la Iglesia Episcopal Metodista de Color, para captar el sentido de su existencia. Ahora bien —y este es el punto de vista histórico que no fue tenido en cuenta—, si las Iglesias negras fueron creadas por cristianos negros irritados a raíz de los abusos del hombre blanco, era inevitable que, con el tiempo, esas Iglesias produjeran los belicosos opositores a la estructura de poder de los blancos.

El dinero, sin embargo, constituyó la desventaja inicial de la Iglesia negra. Los feligreses, en su mayor parte, eran domésticos y podían disponer de muy poco para limosnas. Pero inclusive esta circunstancia fue un presagio de lo que habría de suceder. Lógica y económicamente, una vez que los feligreses negros pudieran financiar sus propias empresas religiosas, producirían una clase libre de ministros negros —como lo atestigua el doctor Martin Luther King— dispuestos a morir por su raza.

Toda vez que un pueblo se encuentra aislado —por propia elección o por la fuerza, en grado limitado o total— desarrolla un estilo folklórico. En términos culturales clásicos, no existe diferencia entre la Iglesia Bautista Negra y la Iglesia Bautista propiamente dicha. En términos folklóricos, sin embargo, la hay. No solo tenemos nosotros los negros bautistas un modo de predicar y de cantar, sino que nuestra imaginería posee un significado que nos es peculiar. Después de todo, una teología es el resultado del andar a tientas del hombre, frente a los poderes adversos —conocidos y desconocidos, visibles e invisibles—, y la función de un evangelio es hablar a las frustraciones del pueblo que abrazó su fe. Estos eran los sordos rumores que no se acallaban nunca en el pecho de las masas negras en aquellos difíciles días que sucedieron a la esclavitud.

En el mundo del negro sureño, la posición de la Iglesia era aun superior a la de las escuelas. Al escuchar y responder con fervor a la pura poesía del predicador negro, las masas adquirían un sentido de la historia y una determinada filosofía moral. Hay algo increíblemente informativo en el hecho de sentarse domingo tras domingo, año tras año, a escuchar a un predicador que narra la historia de los judíos, desde el día en que Dios escupió los siete mares hasta el tiempo en que Juan el Revelador cerró la Biblia y dijo que toda la verdad había sido revelada. Aun aquellos de los nuestros que no sabían leer llegaron a concebir la historia como algo móvil y cambiante; no se nos permitió nunca poner en duda que el hombre, como criatura, tuviese una finalidad y que nosotros

fuésemos también, por cierto, parte de esa finalidad. Todo lo que cantábamos, en la iglesia como en la escuela, tenía el mismo significado. "Las aguas del Jordán eran frías y heladas", y mientras cantábamos nos aprontábamos para la gran travesía. En verdad, subíamos la escalera de Jacob y prácticamente no había casa de un negro que no tuviera la figura de Booker T. Washington en la actitud de quitar el velo de la ignorancia a su pueblo. Los abanicos que usábamos en la iglesia nos proporcionaba la casa de pompas fúnebres del lugar; también en ellos se veía la figura de Washington.

No pocas veces los blancos acudían a nuestras iglesias. Les dábamos los primeros asientos, y allí disfrutaban de las palabras de nuestro predicador sobre cómo Moisés se había servido de su vara para partir las aguas del Mar Rojo. Más de una vez el pastor se aventuraba a sugerir que existían algunos "Moisés negros" en formación, y yo me preguntaba aun entonces si los blancos sabían de qué estábamos hablando en realidad. Después de todo Moisés devolvió la libertad a su pueblo, y eso no sucedió sino después que el pueblo y Dios enviaron plagas a la estructura de poder egipcia.

Nos dirigíamos trabajosamente a la escuela y aprendíamos el abecé. Mientras leíamos las aventuras de "El negrito Sambo" y "Ned", famoso personaje de las primeras lecturas y que era, por supuesto, blanco. De hecho, cuando yo asistía a la escuela primaria, siempre podíamos animar una jornada que de otro modo hubiera resultado aburrida, diciéndole a algún estudiante que se parecía al Ned de las primeras lecturas. Este era nuestro modo de insultar a alguien —esto es, llamarlo blanco—, que provocaba siempre una pelea a puñetazo limpio. Estábamos obligados a utilizar los libros de texto aprobados por el consejo de educación de los blancos, y esos volúmenes se hallaban llenos de menosprecio para los negros y su ambiente africano. Nuestros maestros no tenían otro remedio que enseñarnos con esos libros. Pero también nos enseñaban la historia negra. La historia negra nos resultaba casi folklore. No teníamos libros de texto sobre esa historia, y la herencia de nuestro pueblo se transmitía oralmente de generación a generación.

La exposición pública de la historia negra tenía lugar anualmente el primero de enero. Ese era el Día de la Emancipación y motivaba grandes discursos y celebraciones. Los servicios del Día de la Emancipación eran algo gigantesco. Observaban el orden de los servicios religiosos: un negro muy respetado en la localidad leía la Proclamación, exactamente como lo había hecho el presidente Lincoln. Luego el coro —habitualmente el de la escuela— cantaba. Otro ciudadano de la localidad, casi siempre una maestra, leía el texto de la emancipación; en realidad, la historia de la raza negra. Allí es donde oímos hablar de Crispus Attucks, Paul Laurence Dunbar, Frederick Douglass, Phillis Wheatley y Booker T. Washington. El texto era nuestra "Arca de la Alianza" y año tras año pasaba de un lector a otro. Todos los años añadían a la lista los negros que habían logrado destacarse. El clímax de la celebración consistía en el dis-

curso principal, pronunciado siempre por algún forastero distinguido. Con el correr de los años, prácticamente los presidentes de todos los *colleges* negros importantes vinieron a nuestro pueblo —Valdosta (Georgia)— como oradores invitados. Después del discurso principal —y en lugar de la doxología— nos poníamos todos de pie reverentemente y cantábamos el Himno Nacional de los Negros. Últimamente no está ya de moda llamar a esa canción Himno Nacional de los Negros, se la llama más bien por su primer verso "Elevad todas las voces y cantad"

## ELEVAD TODAS LAS VOCES Y CANTAD (Himno Nacional de los Negros)

*Elevad todas las voces y cantad  
Has que cielo y tierra retumben  
Que se escuchen las armonías de la libertad,  
Que se eleve nuestro goce  
Hasta las alturas de los cielos atentos,  
Que retumbe fuerte como el mar tumultuoso.  
Cantad un canto transido de la fe que nos enseñó el  
(oscuro pasado,  
Cantad un canto transido de la esperanza que el  
(presente nos trajo  
Frente al sol naciente del comienzo de nuestro nuevo  
(día,  
Marchemos hasta ganar la victoria*

*Pedregoso es el camino que andamos,  
Amargo el látigo sobre las espaldas  
En aquellos días de la esperanza muerta antes de nacer,  
Y si nembargo, con firme compás,  
¿No llegaron nuestros pies fatigados  
Al lugar que nuestros padres anhelaban?  
Vinimos por un camino regado con nuestras lágrimas,  
Vinimos abriéndonos paso a través de la sangre de los  
(degollados,  
Desde el siniestro pasado,  
Hasta encontrarnos ahora por fin  
En el lugar que alumbra el rayo blanco de nuestra  
(brillante estrella*

*Dios de nuestros años fatigados,  
Dios de nuestras lágrimas silenciosas,  
Tú que nos trajiste de tan lejos,  
Tú que con tu poder  
Nos condujiste a la luz,  
Te rogamos que nos mantengas siempre en la senda,  
No sea que nuestros pies extravíen el lugar donde te  
(hallamos, Dios nuestro,  
No sea que nuestro corazón, ebrio del vino del mundo,  
(te olvide  
A la sombra de Tu mano,  
Podamos por siempre estar,  
Fieles a nuestro Dios,  
Fieles a nuestra tierra nativa.*

Letra de JAMESE WELDON JOHNSON  
Música de ROSAMOND JOHNSON

El cambio sobrevino cuando ciertos negros representativos señalaron que no podíamos exigir integrar-

nos en el resto de Estados Unidos, si conservábamos un himno propio

Las órdenes fraternales y las sociedades funerarias de los negros formaron otro eslabón en el emergente estilo folklórico negro. Nosotros, en Georgia, no estábamos tan imbuidos de estas sociedades como nuestros hermanos de Mississippi, por ejemplo, pero los desfiles de la "Gran Logia" eran siempre grandes asambleas públicas donde nos encontrábamos para recordar la historia de la raza y alentar a los jóvenes a que realizasen grandes cosas. Los "desfiles" de la logia eran, con mucho, la más colorida y festiva de nuestras ceremonias tribales. Allí podían verse cocineras, mucamas y mayordomos marchando al lado de maestros, doctores y otros profesionales que llevaban estandartes donde se encontraba la imagen de símbolos secretos. Los MASONES resultaban particularmente interesantes, daban mucha importancia a sus rectos delantales blancos y se hacía mucho ruido alrededor de "la piedra que los constructores rechazaron". Existía, además, una magia contagiosa en "la ida al Oriente" y en "doblar la esquina". Pero cuando el ritual terminaba, los miembros de la logia se entregaban a la tarea del momento: estimular el orgullo de la raza y repartir becas entre los niños negros de talento.

Otro acto significativo tenía lugar con motivo del fin de curso en las escuelas elementales y secundarias. Los que pronunciaban discursos de despedida desarrollaban como tema principal el progreso de la raza. Una vez más se recordaba la lista de los héroes negros. El orador que inauguraba la nueva etapa procedía luego a exhortarnos a aprender con precisión y velocidad, para que también nosotros pudiéramos quitar el velo de la ignorancia a nuestro pueblo. Pero aun entonces se trataba de descubrir las minorías de talento. Y, con la llegada del otoño, reinaba gran algazara en la comunidad cuando dos o tres de los egresados de la escuela se dirigían al *college*, generalmente para recibir instrucción "industrial y mecánica".

Hoy me resulta doloroso recordar aquellos días, pensar cuán cerca estábamos los negros sureños de convertirnos en un grupo cultural de primera importancia. Tantas eran las cosas que entre nosotros estaban en marcha: un tipo de culto que con el tiempo nos daría un Dios negro, una herencia histórica que nos transmitíamos como si fuera un Arca de la Alianza entre el Todopoderoso y nosotros, aunque compartíamos el lenguaje común, hablábamos una jerga propia y nuestras canalizaciones sociales satisfacían las ambiciones que entonces teníamos. Pero hubo una grieta fatal en los cimientos del estilo de vida que surgía entre nosotros: nos habíamos reunido para constituir una tribu por razones negativas en lugar de hacerlo por razones positivas, nos habíamos unido por la inquina del hombre blanco y no por costumbres y tradiciones históricas como las que convirtieron a los pueblos del mundo en grupo culturales.

Vivíamos en nuestra isla, pero esa no era una tierra que hubiéramos elegido nosotros; las grandes

resquebrajaduras que desgarraban a nuestra tribu eran el resultado directo de que gentes de distintos medios e intereses tuvieran que vivir juntos en barrios míseros y en otras zonas desdeñadas por el hombre blanco. Como resultado, la comunidad negra era un lugar perturbado.

Había asesinatos y violencia. Sin embargo, estos hechos en su mayoría eran perpetrados por negros, y otros negros eran sus víctimas. A pesar de los esfuerzos de las iglesias y las escuelas, había poca estabilidad en la vida hogareña de las masas negras. Por supuesto, gran parte del derramamiento de sangre entre la gente de color era el resultado de la mera frustración y desesperación producidas por la condición del negro norteamericano. En parte, el hecho era sencillamente humano. Después de todo, los blancos también suelen desatar el infierno.

En realidad, la violencia estaba siempre en el aire. Rara vez transcurría una semana sin que tuviéramos noticia de algún negro golpeado o linchado por multitudes blancas. (Entre 1899 y 1922, año en que yo nací, fueron linchados aproximadamente cuatro mil negros). Y teníamos incandescente conciencia de que nuestras vidas no nos pertenecían lo suficiente como para que pudiéramos conservarlas o protegerlas. Nuestra única esperanza era permanecer en nuestro lugar.

Ni siquiera eso daba siempre resultado. Recuerdo a un muchacho negro que trabajaba conmigo como repartidor de un almacén. Hizo una entrega en una casa blanca y, cuando regresó al negocio, siete hombres blancos lo esperaban. La mujer blanca a la que había entregado las mercaderías se encontraba sola en casa, recibió las mercaderías por la puerta trasera y, cuando se volvió, sintió un golpe en el trasero. La mujer gritó y corrió hacia el teléfono, llamó a su marido y le dijo que el muchacho negro la había atropellado. Solo la insistencia del propietario del comercio impidió que se azotara y hasta se linchara al muchacho. Mientras se discutía el asunto, sonó el teléfono del comercio. Era la mujer ultrajada. Dijo que acababa de sentir el mismo golpe en el mismo lugar, y al buscar la causa descubrió que su hijo de cinco años de edad la había estado molestando con su cerbatana. Si no hubiera sido por la gracia de Dios —entregábamos los encargos por sorteo—, a mí me hubiera correspondido llevar ese pedido.

El terror y la injusticia superaron lo que podíamos soportar, el uso del dinero de nuestros impuestos para sembrar y propagar la espuria teoría de la inferioridad del negro era más de lo que podíamos aguantar sin perder el respeto por nosotros mismos, la clara determinación de hacernos sirvientes antes que hermanos del blanco, convirtió a todo padre negro en un ente débil frente a su hijo, en un frágil junco ante los ojos de su mujer. Estos —más que la segregación per se— son los defectos morales que hicieron del mundo negro un anatema, y a raíz de estos defectos morales abrazamos la integración, cambiando de ese modo la historia social de este país.